

1

*American Psycho*¹

—¿Kétchup? —me dice un empleado vestido de pollo. Antes de que me dé tiempo a responder, veo una piscina grumosa caer sobre mi hamburguesa de pollo crujiente, empapando la carne reseca. El pollo cierra la caja llena de kétchup y me la cambia por tres dólares. Trago saliva, notando cómo me ruge el estómago. Odio las hamburguesas. Odio el kétchup. Odio las cajas de cartón que se empapan a los diez segundos y te manchan la camiseta antes de dar el primer bocado. Pero tengo muchísima hambre y el pollo me ha parecido la opción menos desagradable del puesto de perritos calientes del aeropuerto.

—¡Que tenga un buen pollo-day! —el pollo-empleado se despide de mí.

Le doy las gracias. Me alejo discretamente y voy hacia la salida, tirando de mi maleta con la otra mano. Las puertas de cristal automáticas se abren cuando su sensor se da cuenta de que existo. El viento me da en la cara mientras doy el primer paso al exterior.

Cruzo el umbral y entro de lleno en Tennessee. Un espectacular paisaje verde me da la bienvenida a pesar de la oscuridad de la noche: un bosque tan tupido que apenas se distingue más allá de

MUCHA

1. *American Psycho* (2000). Dir.: Mary Harron. Prota: Christian Bale. Sinopsis: Patrick Bateman es neoyorquino y, además, psicópata. En eso consiste. Pasan cosas y muere gente. Le dan un 7,6 en IMDb y un 6,6 en FilmAffinity. Patrick dice todo el tiempo: «Tengo que devolver las cintas de vídeo».

PERO TODO TODO

la primera hilera de troncos de los árboles, una niebla que no permite ver más allá de cinco metros y una carretera de un carril en cada sentido que se pierde en la distancia. Silencio.

Un escalofrío me recorre la espalda. Miro hacia atrás, buscando la seguridad del aeropuerto, pero las puertas automáticas ya se han vuelto a cerrar, indicándome que he cruzado el umbral de mi aventura y que no hay vuelta atrás, que ya es demasiado tarde. El estómago me ruge de nuevo. Suspiro y decido que no me voy a asustar por cuatro árboles. Coloco la maleta sobre la hierba, me siento sobre ella y comienzo a comerme mi piscina de ketchup con pollo. Al menos es verano.



Os estaréis preguntando dónde mierdas me encuentro y cómo he llegado hasta aquí, y por qué estoy hablando sola en mitad de un puto bosque en la América Profunda comiendo pollo que no sabe a pollo mientras espero al *host*² que me asignaron en la universidad y que me tenía que haber recogido hace una hora. La verdad es que pensaba que los angloparlantes eran más puntuales, pero claro, en la América Profunda todo puede cambiar.

Llevo solo dieciséis horas en los Estados y ya he descubierto que no saben lo que es un *lift*³ y que al parecer no sé pronunciar *water*.⁴ He pensado que tendría que beber únicamente cerveza,

2. Persona que recibe invitados y acoge a recién llegados. Suele ser un voluntario afiliado a la universidad.

3. *Lift* es ascensor, ya sabes, eso que sube y baja para que tú no te tengas que mover cuando no tengas ganas de subir andando (o sea, siempre). Es algo que, aunque también usan en exceso, no conocen, porque allí lo llaman *elevator*.

4. Deberías saber lo que es *water*, al menos. Probablemente creas que se pronuncia *watah*, pero luego llegas a América y resulta que dicen más bien *warer*.

hasta que me he dado cuenta de que ni siquiera me lo van a permitir, porque andan un poco confundidos con las edades legales de las cosas. Con veinte años no me dejarán tomarme una caña, pero sí comprarme un rifle, así de jodido está el tema. Espero conseguir beber ponche al menos, de ese que sirven en las *proms*.⁵

Todo eso lo he estado pensando mientras estaba arrestada en la comisaría del aeropuerto JFK, a la que me han llevado después de desembarcar e intentar pasar la aduana. El poli ha visto mi foto del visado de estudiante, la ha comparado con mi cara demacrada (cortesía del vuelo trasatlántico) y ha debido de pensar que venía a matar al presidente o algo así. En fin, al menos no ha durado mucho, solo he estado unas cuatro o cinco horas en comisaría mientras comprobaban mis papeles, hacían llamadas y me pringaban el visado de ketchup.

CÉNTRATE

— Ah, sí, ¿que por qué estoy aquí? Esto en realidad no es culpa de la policía ni de los angloparlantes. Bueno, sí lo ha sido el haber perdido mi segundo vuelo, pero lo de ir a parar a un bosque de la América Profunda no, ahí tengo que admitir que me he metido yo solita. Quería ir a algún otro sitio, pero mira, la vida da muchas vueltas: las plazas de California se agotan enseguida, la Universidad de Murcia tiene un convenio con la de aquí y acabas en Tennessee aprendiendo inglés. Y voy a tener que empezar por aprender a decir *water* como lo dicen aquí, porque si no me veo un año bebiendo esta mierda que he comprado en el aeropuerto al quedar en libertad y que está asquerosa. En la lata dice: «Mountain Brew, creada en Tennessee, en 1940, por un tal Barney». La he comprado porque al parecer sí que sé pronunciar *mountain*, y no, no tengo ni idea de cómo describir este sabor ni de qué esperabas conseguir con esto, Barney.

5. Ese momento a final de curso en el que los adolescentes se visten de gala y bailan en el gimnasio del instituto mientras los adultos fingen que no saben qué lleva el ponche rosa que están sirviendo.

Estoy en Jackson City, Tennessee, un pueblo que tiene el tamaño de la Universidad de Murcia y que lleva *City* en el nombre por si acaso; un sitio en los Apalaches, pegado al Parque Nacional Cherokee junto a la frontera con Carolina del Norte, Virginia del Oeste, y Kentucky a secas. Aunque tal vez fuera la otra Virginia... Bueno, es igual. Lo que importa es que estoy en el puto monte, rodeada de árboles altísimos y bastante niebla, y, ahora que lo pienso, en el set de una peli de terror.

En ese momento, como si me hubieran oído, escucho un aullido entre los árboles que me saca de mi ensimismamiento. Doy un salto, tropiezo con la maleta, me caigo de espaldas y tiro lo que me quedaba del pollo al suelo. Me quedo mirando el cielo, que la verdad es que está muy bonito, lleno de estrellas, hasta que vuelvo a escuchar un segundo aullido más cerca. Vale, esto da miedo. Me levanto, dejo el pollo olvidado y me voy con mi maleta de vuelta al aeropuerto. Intento entrar, pero, de nuevo, las puertas automáticas no quieren reconocirme. En ese momento sale el empleado vestido de pollo y me aparto para dejarlo pasar. Cuando el enorme pico sale de mi campo de visión, veo a una azafata cerrando la puerta con una llave de seguridad.

—Disculpe, ¿puedo entrar? —le digo.

La azafata se da la vuelta, con la mirada perdida, sonrisa Proffident y chaleco salvavidas, y me responde:

—Estamos cerrando, *miss*.

No se me ocurre qué responder ante tal argumentación. La veo marcharse con el pollo-empleado en el mismo coche y alejarse por la carretera de la niebla. ¿En serio los aeropuertos cierran? ¿Pero qué clase de lugar es este? Vuelvo a colocar mi maleta en el suelo y me siento sobre ella, temiendo que aparezca el lobo de un momento a otro y me desgarre la garganta. Decido intentar acabarme el Mountain Brew (por si es lo último que hago), pero acabo escupiendo la mitad sobre la hierba.

Miro el reloj. Mi *host* llega tarde, pero no puedo quejarme, porque es la segunda vez que viene a por mí. La primera habría

sido a plena luz del día... si yo no hubiera acabado encerrada en comisaría. Nadie tiene la culpa.

Oigo otro aullido. Seguro que llega pronto. Otro aullido. Mierda. Me recorre otro escalofrío. Odio sentir que hay cosas a mi espalda. Decido darme la vuelta y sentarme mirando al bosque. Lo contemplo durante cinco minutos y me doy cuenta de que es peor todavía. Vuelvo a darle la espalda al bosque. Vamos, *host*.

Al cabo de veinte minutos, por fin aparece: un coche destartado y viejo aparca delante de mí y detiene el motor. Un chico de unos veinticinco años se baja y me hace señas para que me suba al coche. Mientras coloca mi equipaje en el maletero, me acomodo en el asiento del copiloto. Oigo otro aullido. Ahí te quedas, lobito.

Mi *host* pone música country y arranca. Bueno, espero que sea mi *host* y no un psicópata, porque me he lanzado a la carrera dentro de su coche en cuanto lo he visto, y no me ha preguntado ni quién soy.

—Soy Ana —digo, nerviosa.

—Lo sé, Ana —se ríe.

Lo miro enfadada. Deja de reírse y responde:

—Soy Jericho.

Confirмо que mi *host* se llama Jericho. Tengo sueño. Bostezo. Se hace un silencio incómodo, así que Jericho intenta llenarlo. Me cuenta que tiene cuatro hijos con su mejor amiga del instituto, que dos de ellos (los niños) son gemelos, que no tardaremos mucho, que ya veré lo bien que me lo paso en la universidad de Jackson City, que a él le hubiera gustado ir pero había que cuidar del pequeño Timmy, que ya le han salido un par de dientes (a Timmy), que se ha apuntado de voluntario para recoger estudiantes internacionales porque es divertido ver los nombres extraños que tienen, que benditos nuestros corazones, y que si quiero un Mountain Brew. Lleva un paquete de seis latas en la guantera, y dice que ahora mismo le encantaría beberse uno mientras nos adentramos en la niebla. Le paso la lata y por fin deja de hablar. Al menos no ha comentado nada sobre que diseccione personas.

Yo tomo otra lata, porque el pollo rebozado me ha dejado sedienta. Doy un trago azucarado y no me sabe tan malo como antes. Creo que me estoy acostumbrando al sabor de esto. ¿Debería preocuparme?

Llegamos a su casa, en la que me voy a quedar esta noche, porque la residencia no abre hasta mañana. Katy, la mejor amiga/esposa de Jericho, una chica de unos veintitrés años, sale a recibirnos con un bebé en brazos. Le hago las carantoñas de rigor al bebé y consigo el acceso a la casa. Jericho anuncia que va a por tres menús del Cookout y desaparece durante una hora.

Paso el rato oyendo a Katy tocar el banjo y lo agradezco, porque es lo único que me impide dormirme en su sofá. Me explica que está tocando algo llamado bluegrass, que es como el country, pero *más*. Mientras escucho la música, observo los detalles de la habitación: es un salón enorme con una chimenea de ladrillo y una alfombra de pelo. Sobre la repisa de la chimenea, fotos de los cuatro neños y un crucifijo del tamaño de una cabeza adulta.

Jericho vuelve a aparecer con unas cajas de poliuretano blancas que juraría que están prohibidas en Europa, ponen a los niños en la cama y vuelvo a cenar hamburguesas con ketchup. Me explican que Cookout es la cadena local y que es básicamente como McDonald's, pero *más*. Comemos en menos de diez minutos y salimos a sentarnos al porche. Jericho me ofrece un cigarro y le digo que «no, gracias». Después me ofrece llevarme el domingo a misa en la iglesia de su comunidad. Le digo que «no, gracias»; me mira como si fuera una pobre vagabunda perdida; se encoge de hombros y murmura algo sobre la misa del próximo domingo a la que, no, tampoco pienso asistir, gracias. Katy se ofrece a enseñarme el cuarto de invitados y le digo que «sí, por favor, gracias».

Caigo redonda en la cama en cuanto cierro la puerta y no me despiertan ni los llantos de los gemelos hasta las cinco de la mañana, cuando el *jet lag* me dice que son las once en España y que ya estoy tardando. Doy vueltas en la cama sin éxito hasta que Katy llama a mi puerta por fin y me ofrece huevos revueltos. Dudo un

momento, pero me imagino que el desayuno no puede llevar ketchup y respondo:

—Sí, por favor.

Desayunamos. Los huevos revueltos llevan ketchup. Los trago con mucho café aguado. Vuelvo a la habitación, rehago mi equipaje (es decir, tiro el pijama hecho una bola en la maleta y me pongo lo mismo de ayer) y vuelvo a meterme en el destartalado coche de Jericho rumbo a mi verdadero destino, al que llevo esperando llegar desde hace dos días y medio (si cuentas el trayecto completo de Murcia a Jackson City), la universidad: *This Side of Tennessee University*⁶(TSTU), mi *alma mater* durante el próximo semestre.

El corazón se me acelera cuando leo el enorme letrero en el muro de entrada al campus. Son unas horribles letras naranjas sobre un fondo de ladrillo, y se le ha caído la letra S a la palabra *Side*, pero no me importa. La emoción me embarga. Me despido de Jericho casi sin verlo y doy los primeros pasos hacia la residencia de estudiantes. Es un edificio de fachada de ladrillo rojo, paredes de pladur, techos bajos y olor a pizza recalentada. Me acerco a recepción, donde me indican dónde se encuentra la habitación que será mi hogar hasta diciembre y, lo más importante según la estudiante que me lo indica, dónde está la máquina de hielo. A continuación, me hace la foto más horrible que he tenido, me imprime mi tarjeta de acceso, me acompaña a mi cuarto y me deja sola en el pasillo.

Respiro hondo. Pongo la mano en el picaporte. Respiro hondo de nuevo. No lo giro. Me paso así más de cinco minutos, hasta que estoy a punto de hiperventilar, y la puerta se abre de un golpe desde el otro lado.

—¡Hola! —grita una chica muy joven, de unos diecisiete años, primero de carrera y del club de animadoras. Tiene la cara redon-

6. La Universidad de Este Lado de Tennessee.

da y sonrosada, y una melena larguísima castaño claro le cae por la espalda. Lleva manga corta, pantalón corto y chanclas.

—Hola, soy Ana —digo, titubeando y señalando la habitación—. Me han dicho que este es mi cuarto.

—¡Qué guay! ¡Yo soy Jason, tu compañera de cuarto! ¡Qué emoción! ¡Pasa! Esa es tu cama, ¡esta es la mía! Ese es tu escritorio y este el mío. ¡Y este es el baño! El baño es de las dos, ¡pero para usarlo por turnos! Me gustan los cachorros y creo que quiero estudiar Veterinaria, aunque no estoy segura, porque claro, solo estoy en primero de carrera y hasta tercero no hay que decidir especialidad, ¡aunque yo quiero decidir cuanto antes! ¡Qué guay que seas de Europa! Fui en verano a Austria a un campeonato de *soccer*. Jugaba en el equipo del instituto con mis amigas. En la universidad me quiero apuntar a alguna sororidad. Por cierto, ¿tienes hambre? Mi comida favorita son los nachos con queso. Pero tú ya estarás harta de comer eso en casa, claro. ¡¿Te gustan los perritos calientes?!

Me quedo parada, preguntándome si me gustan los perritos calientes y si también debo resumir mi vida en un interminable párrafo. Veo que me mira, expectante.

—Sí, eso creo —digo, pensando.

Es decir, son salchichas Frankfurt con pan. Supongo que me gustarán.

—¡Genial! Te voy a llevar al mejor sitio de perritos calientes de Jackson City. Vas a flipar. Incluso te puedo dar la receta de mi abuela, ¿sabes? La podrías llevar de vuelta a tu país, seguro que triunfa y te haces rica.

Me quedo algo abrumada. Asiento con la cabeza, lo que sea. Me sonrío tantísimo que siento que debo corresponderle con algo.

—Hmmm, yo te puedo enseñar español —le ofrezco.

Pone cara de asco al instante.

—No, gracias. Ya tengo bastante con el inglés —me responde. Inmediatamente vuelve a su sonrisa ensayada mientras se pone una chaqueta turquesa—. Bueno, ¿vamos a por perritos?

Digo que sí. Dejo mi maleta y me voy con lo puesto. Me lleva en su coche azul celeste con un lacito en la antena al centro de Jackson City. El centro quiere decir una calle pavimentada donde hay dos restaurantes, un museo de dinosaurios de plástico, un par de tiendas de ropa y un edificio que me dice que es la cadena local de televisión Jackson City TV. Comemos perritos (con mucho ketchup) en un restaurante del centro. Verifico que son simplemente una salchicha Frankfurt dentro de pan tostado. La diferencia tal vez sea un poco de cebolla frita y crujiente por encima. Son la especialidad del restaurante. Nos cobran ocho dólares por perrito y otros ocho por el plato de nachos. Hago nota mental de buscar fruta y verdura próximamente o sufriré las consecuencias en el baño. Jason me cuenta historias de su instituto (que está en Jackson City), de su familia (que también está en Jackson City) y su club de *soccer* (que también está en Jackson City), y de lo duro que ha sido abandonarlo todo para venir a la universidad.

—Nos espera un buen semestre —dice, de vuelta a su sonrisa perfecta—. ¡Siento que vamos a ser tan amigas!

Al cabo de una hora volvemos al campus, justo cuando comienza la orientación a los nuevos estudiantes. Un monitor nos divide en grupos de quince y nos pone a jugar al pillapilla. También hay una colchoneta hinchable. Salto, corro y ruedo por el césped de la universidad americana como si no hubiera un mañana. Siento que estoy en una película, hasta que un alumno se rompe un tobillo. Se arma bastante revuelo cuando viene la ambulancia y el lesionado se niega a subirse gritando que no la piensa pagar y logra escapar corriendo pese a su pronunciada cojera. El monitor se encoge de hombros, le grita que se lo cargarán en la cuenta de la universidad igualmente y que cuanto más haga correr al enfermero más alta será la factura. A continuación, se inventa otro juego para los que no nos hemos roto nada.

Cae la noche y la universidad se torna algo oscura y fría. Antes de poder darme cuenta, una niebla nos empieza a rodear y ya no puedo pillar a nadie, porque apenas veo nada.

PROYECTO KÉTCHUP

Escucho un aullido proveniente del bosque que rodea la residencia. Me quedo parada un momento, mirando hacia los árboles. Siento que algo me observa. Me recorre un escalofrío.

—¡Bienvenidos a este lado de Tennessee! —anuncia el monitor, dando la orientación por finalizada.

